

como precursor de la guerra civil. En consecuencia de esto prometió de buena fe á Luis XVIII oponerse con todas sus fuerzas á la marcha de Napoleón.

Al llegar á Besanzón, hizo con celo, inteligencia y resolución todo lo que exigían las circunstancias. No había casi nada preparado de cuanto necesitaba para formar un cuerpo de ejército, ya fuese por culpa de la situación del país ó ya por la de las oficinas del ministerio de la Guerra; y suplió estas faltas como mejor pudo quejándose al ministro con su rudeza ordinaria. Hallando á los realistas abatidos y poco dispuestos á sostener la arrogancia con que tanto habían perjudicado á la causa de los Borbones, se irritó contra ellos y contribuyó á excitar los ánimos con aquella energía natural que respiraba en sus ojos, resonaba en su voz y se revelaba en todos los movimientos de su figura heroica. Los realistas del país, sin abrigar la confianza que él tenía, se mostraron muy satisfechos de sus sentimientos y de su actitud.

Después de haber dado órdenes para que se preparasen algunos cañones, para que se confeccionasen cartuchos, para suplir en fin al material que faltaba, resolvió formar con sus tropas dos divisiones al mando de dos generales de su confianza. Podía disponer de cinco regimientos de infantería, el 15 de ligeros, acantonado en Saint-Amour, el 81 de línea en Poligny, el 76 en Bourg, el 60 y el 77 ya reunidos en Lons-le-Saulnier; y de tres regimientos de caballería, el 5.º de dragones establecido en Lons-le-Saulnier, el 8.º de cazadores, que se hallaba en camino para reunirse con el anterior, y el 6.º de húsares enviado á Auxonne para proteger el depósito de artillería. Además le habían prometido el 4.º de línea y el 6.º de ligeros, pero éstos no debían llegar á su lado lo menos en diez días.

Escogió para colocarlos al frente de sus dos divisiones á los generales de Bourmont y Lecourbe. El general de Bourmont, que mandaba las fuerzas de Besanzón, era uno de los que más confianza le inspiraban. Antiguo jefe de chuanes, era una garantía para los realistas; distinguido por sus servicios militares durante el imperio, era muy digno de ser presentado á las tropas. Reunió, pues, todas las conveniencias á la vez, y no podía negarse á entrar en activo servicio cuando se trataba de defender la causa de los Borbones. No sucedía lo mismo con el general Lecourbe. Este oficial, el primero en su tiempo para la guerra de montaña, era un viejo republicano en desgracia con Napoleón que vivía en sus haciendas tan lejos de los favores de los Borbones como de los de Napoleón. Ney le mandó á llamar, le recordó su antigua confraternidad de armas en el ejército del Rin, su común aversión al despotismo imperial, los males que la ambición de Napoleón había ocasionado á la Francia, los peligros con que esta ambición le amenazaba todavía, y le encontró sin rencor hacia Napoleón, pero alarmado con su vuelta, que podía ser causa de la guerra civil y extranjera, y logró hacerle aceptar el mando de una de las dos divisiones que trataba de formar en el Franco Condado.

Terminados estos arreglos, y su artillería enganchada á toda prisa, el mariscal partió para Lons-le-Saulnier con los generales Lecourbe y Bourmont. Al llegar á esta ciudad el 12 de marzo, encontró en ella el 60 y 77 de línea y el 5.º de dragones. El 8.º de cazadores se espe-

raba de un momento á otro. Dos partidos podía tomar: ó dirigirse hacia Lyon si aún era tiempo de impedir á Napoleón que entrase en esta ciudad, ó si era demasiado tarde inclinarse á la derecha para encaminarse hacia el Saona é interceptar el camino de París á través de la Borgoña.

Pero al llegar á Lons-le-Saulnier, Ney supo que Lyon había sido evacuado y comenzó á notar el inmenso efecto producido en el país por la noticia de la llegada de Napoleón. Las tropas no decían nada, pero á pesar de su silencio podía adivinarse en sus ojos su profunda emoción. La población curiosa y agitada, á caza de noticias y deseándolas favorables para Napoleón, no se cuidaba de ocultar sus sentimientos. El clero se había encerrado en las iglesias. La nobleza desolada había acudido en torno del mariscal para recuperar á su lado la confianza que había perdido. El conde de Grivel, antiguo militar, inspector de la milicia nacional, realista leal, acudió á ofrecerle su espada para contribuir á salvar la causa de la monarquía tan gravemente comprometida.

El mariscal Ney comprendía los grandes compromisos que había tomado sobre sí, pero cuanto más inclinado se sentía á participar de las impresiones que se manifestaban á su alrededor, mayor era su esfuerzo para alejarlas de su alma. A los realistas que le hablaban de la gravedad de la situación, les decía que no se le ocultaba que no era cosa fácil oponerse á Napoleón, pero que era preciso tener el valor suficiente para llevar á cabo la empresa proyectada; que no necesitaba *tímidos*, pudiendo retirarse los que tuviesen miedo; que aunque todos le abandonasen, él solo resistiría; y por último que cogería un fusil, dispararía el primer tiro y obligaría á batirse á sus soldados. Los realistas, prendados de él al oír su lenguaje le apretaban la mano, le manifestaban su gratitud, hasta su admiración; pero no le demostraban grandes esperanzas porque las que tenían eran muy débiles. La actitud de las tropas era muy suficiente para desesperarlos.

Algunas horas después de su llegada, quiso el mariscal Ney pasar revista á sus regimientos, y mandó formar al 60 y al 77 de línea, al 5.º de dragones y al 8.º de cazadores. Después de examinarlos cuidadosamente, reunió á los oficiales en círculo á su alrededor y les habló con fuego y resolución. Les recordó que había seguido á Napoleón á Moscou y á Fontainebleau, que le había servido por consiguiente hasta el último momento, pero que después de su abdicación había como ellos prestado juramento á los Borbones y debían todos ser fieles á este juramento; que la renovación del imperio debía inevitablemente acarrear á la Francia un sinnúmero de desdichas, que excitaría contra ella á la Europa entera y originaría de nuevo una lucha desastrosa; que todo buen francés debía oponerse á que esto sucediera; que por su parte estaba decidido á evitarlo sin querer obligar á nadie á seguir su ejemplo; y por último, que si entre los que le escuchaban había algunos á quienes sus ideas pudieran separar del cumplimiento de sus deberes, no tenían que hacer más que declararlo, porque los enviaría á sus casas, sin que su manifestación les costase más pena que la de salir de las filas, no queriendo como no quería conservar á su lado más que hombres fieles y adictos.

A pesar de su ordinario ascendiente sobre las tropas, el mariscal obtuvo por única respuesta un silencio general, suficiente para demostrarle que necesitaba despedir á casi todos sus oficiales, si no quería tener en torno suyo más que hombres de su opinión. Apenas fué deshecho el círculo, los edecanes del mariscal oyeron en las filas las palabras más alarmantes. «¿Teníamos necesidad, murmuraban la mayor parte de los oficiales, de saber lo que nos ha dicho el mariscal? ¿No conozco nuestro modo de pensar? ¿No debe él pensar como nosotros? Nos hallamos en las filas y en ellas esperamos con orden lo que la suerte nos depara. ¡Que él espere como nosotros y deje á los realistas que le rodean mostrarse como energúmenos, sin hacer manifestaciones que de ningún modo están de acuerdo con sus principios y su carácter!»

Estas frases, repetidas al mariscal, le disgustaron menos que el lenguaje desanimado de los realistas que formaban su estado mayor. «Que se vaya, decía con una especie de irritación nerviosa, que se vaya el que tiembla, que me dejen solo y yo sabré coger un fusil de las manos de un granadero para disparar el primer tiro.»

Cuanto más la impresión general invadía su fuerte corazón, tanto más procuraba evitarla, y con esta lucha interior conmovía á los realistas precavidos sin tranquilizarlos, pero afligía á los bonapartistas, desolados al verle entrar por una senda que no tenía salida. Muchos oficiales del conde de Artois, y particularmente el duque de Maillé, corrieron á su encuentro, y el mariscal se quejó á ellos amargamente de que hubieran evacuado á Lyon con tanta facilidad, mandó decir al conde de Artois que no retrocediera más, que operando un movimiento hacia la izquierda se acercase al Saona mientras que él hacía lo mismo operando un movimiento en sentido contrario, y sostuvo que reuniendo sus fuerzas lograrían acaso detener al enemigo. Prometió, siempre con la misma sinceridad, comprometerse el primero, y añadió que en seguida que llegase su artillería, quizás al día siguiente, se encaminaría á Macón ó Chalóns al encuentro del conde de Artois. El infortunado no sabía que al día siguiente no sería al conde de Artois, ya de regreso á París, sino al mismo Napoleón á quien encontraría en las orillas del Saona.

Al día siguiente 13, mientras que Napoleón marchaba hacia Macón, la situación tomó de repente un aspecto de los más sombríos. A cada instante recibía noticia de que el incendio había estallado tan pronto en un paraje como en otro, de modo que se hallaban envueltos por todas partes. Mr. Capelle, prefecto del Ain, llegó en medio del día perseguido por los habitantes de Bourg, que acababan de insurreccionarse. El 76, que ocupaba esta ciudad, se había unido á los habitantes para enarbolar la bandera tricolor. Más cerca todavía, en Saint-Amour, el 15 de ligeros estaba á punto de hacer otro tanto. A las diez de la noche un oficial, procedente de Macón, llevó la noticia enviada por el mismo prefecto de que la ciudad de Macón se había sublevado y había expulsado á las autoridades reales. A las doce de la noche, un despacho del alcalde de Chalóns anunció que un batallón del 76 que escoltaba la artillería que el mariscal esperaba con impaciencia se había alborotado y conducía la artillería á Napoleón. Una hora después un oficial que había seguido el cami-

no de Borgoña, contó que el 6.º de húsares, mandado por el príncipe de Carignán, se había dirigido á galope á Dijón para insurreccionar á la ciudad; y una hora más tarde se supo por un despacho del general Heudelet que la capital de la Borgoña, cediendo al impulso de las ciudades vecinas, acababa de proclamar el restablecimiento del imperio.

Estos diversos partes recibidos sucesivamente por el mariscal durante aquella fatal noche, fueron para él otras tantas puñaladas. No pudiendo conciliar un sueño interrumpido sin cesar por tan terribles emociones, se levantó y se puso á pasear esperando á cada instante nuevos golpes más dolorosos todavía. Por otra parte sabía que algunos soldados de la isla de Elba procedentes de Lyon se habían confundido con sus tropas y procuraban comunicarle el ejemplo de la insurrección. Se hallaba en este estado de agitación, cuando á media noche le fueron presentados dos negociantes que habían salido por el día de Lyon, y con lo que le refirieron causaron en su alma una impresión profunda. Le contaron la gran facilidad con que se había operado en Lyon la revolución en favor del imperio, y le expusieron las razones que había para creer que esta misma revolución se hubiese ya verificado en París, al mismo tiempo que lo inútil que sería derramar sangre para oponerse á ella. En esto llegaron los oficiales del gran mariscal Bertrand, conocidos personalmente del mariscal Ney y encargados de añadir algunas explicaciones verbales á la carta que llevaban. Estos oficiales, confundiendo lo falso y lo cierto, y repitiendo lo que habían oído decir alrededor de Napoleón, hicieron de las palabras del gran mariscal Bertrand un funesto comentario. Aseguraron que todo estaba concertado desde hacía mucho tiempo entre París, la isla de Elba y Viena; que en París una vasta conspiración en la que estaba interesado el ejército entero y hasta el mismo ministro de la Guerra, había ya derrumbado ó derrumbaría de un momento á otro á los Borbones; que Napoleón, colocado al frente de esta trama, estaba de acuerdo con su padre político; que el general austriaco Köhler había ido á Porto Ferrajo á entenderse con él; que hasta los mismos navíos ingleses se habían alejado para dejar pasar la flota imperial; que las potencias, cansadas ya de los Borbones, estaban decididas á aceptar á Napoleón si se comprometía á conservar la paz y á respetar el tratado de 30 de mayo, lo que acababa de prometer solemnemente; que de este modo había sido convenido, arreglado; y que haría una locura en oponerse á una revolución tan bien preparada por los más altos potentados, cuyas consecuencias al parecer las más alarmantes habían sido conjuradas de antemano.

Sabido es por el relato que precede lo que había de cierto en estas aserciones. Eran una nueva prueba de las mentiras que en los momentos de crisis pueden inventarse fundándolas en algunos hechos y en algunos dichos acogidos con ligereza é interpretados sin discernimiento. Con efecto, Napoleón había dejado entrever que se hallaba de acuerdo con el Austria, sin afirmar que fuese así; Mr. Fleury de Chaboulón había contado en el estado mayor algo de los proyectos aturdidos de los generales Lefebvre Desnoettes y Lallemand, los que como sabemos no habían sido consultados con la isla de Elba; y con estos indicios nada más, se formó al lado



de Napoleón el tejido de falsedades expuesto al desdichado Ney. «He ahí, se dijo, lo que significan las palabras de Bertrand al manifestarme que se han tomado todas las medidas de una manera infalible; y á pesar de esto me envían á combatir solo una revolución deseada y preparada por todo el mundo, ¡hasta por la Europa!...» Desde aquel instante el mariscal se consideró engañado, víctima de su ignorancia, sacrificado al sostenimiento de una causa perdida, y no pudiendo ni aun tratar de batiirse porque sus soldados no querían seguirle, y aunque lograrse decidir á algunos, no conseguiría más que derramar una sangre inútil de la que sería gravemente responsable á Napoleón y á la Francia. La idea de dirigirse casi sin soldados á combatir á sus antiguos compañeros de armas para defender á una corte que había tratado de hacerle sufrir y á su esposa también más de una humillación, para evitar calamidades en las que no creía, pues que Napoleón, según sus informes, se hallaba de acuerdo con las potencias extranjeras, le pareció una idea extravagante á la que era preciso renunciar.

¿Pero qué hacer después de haberse comprometido tanto, después de haber prometido tantas veces luchar hasta no poder más contra Napoleón? El desdichado mariscal se hallaba en una cruel perplejidad. Se trató de convencerle de que no había más que un modo conveniente de obrar, éste era el de obrar abiertamente, diciendo por ejemplo á sus tropas en una proclama que habiéndose pronunciado formalmente la Francia en favor de Napoleón, él, servidor obediente de la Francia, no quería provocar la guerra civil por una dinastía enemiga de la gloria nacional y condenada para siempre por sus torpezas. Se redactó una proclama en este sentido y Ney se mostró dispuesto á publicarla, quizá á leerla por sí mismo á las tropas. Si en nuestra época después de cuarenta años de práctica de libertad, interrumpida pero no olvidada, después de haber aprendido á adherirnos á los principios, á respetarlos; á respetarnos en ellos, se nos propusiera siendo militares ó civiles, pasar tan bruscamente de un partido á otro, nos asombraríamos y consideraríamos semejante proposición como una ofensa; pero la Francia entonces no había recibido más que la educación poco moral de las revoluciones y del despotismo, y al ver pasar al gobierno de mano en mano con tanta rapidez no se comprendía una fijeza de conducta en contradicción con la variedad de los sucesos, y los hombres políticos, más acostumbrados á calcular sus actos que los militares, no tardaron en mostrarse mucho menos escrupulosos que éstos. El mariscal, además de no poder tener otras costumbres que las de su tiempo, era de un temperamento fogoso y violento que no admitía para nada los términos medios. Habiéndose adherido bruscamente á los Borbones en 1814 porque estaba cansado de la guerra, se había alejado de ellos del mismo modo por estar descontento de la corte, y volvió de nuevo á ponerse á su lado al saber el desembarco en Cannes que despertó en su mente las ideas sangrientas de la guerra nacional, manifestando su resolución de resistir á Napoleón con gran intemperancia de lenguaje, efecto de la impetuosidad de su carácter.

Viendo después desaparecer á un tiempo la probabilidad de la guerra civil por la adhesión de los soldados á Napoleón, la de la guerra nacional por el acuerdo que según sus noticias existía entre la Europa y el des-

terrado de la isla de Elba, no creía deber querer nada contrario á lo que deseaba la Francia, y cambiaba de opinión sin escrúpulo, con la facilidad de un niño, porque niño es el hombre á quien dirigen sus impresiones. Pero el mariscal, tanto por interés como por carácter, no pensaba romper su espada porque había cometido un error político al no prever el triunfo de Napoleón. Cediendo además á algunos de sus secretos rencores, pensaba que si con Napoleón no se suscitaban ni la guerra civil, ni la guerra nacional, valía más él que los Borbones, porque de este modo se verían libres de los emigrados, de sus errores, de su arrogancia y de sus tendencias contrarrevolucionarias. Sin embargo, antes de tomar una determinación quiso consultar á sus dos divisionarios los generales de Bourmont y Lecourbe. El uno era, ya lo hemos dicho, un antiguo realista y el otro un antiguo republicano, muy opuestos los dos á Napoleón, pero sensatos, y conociendo cuánto tenía de irresistible el movimiento que se operaba en torno suyo. El general de Bourmont, amable y fino, aunque militar enérgico, se calló tristemente como reconociendo la fuerza de las cosas, y en cuanto al modo de someterse á ella, dejó al mariscal el cuidado de su dignidad. Lecourbe, que conservaba la franqueza de un viejo oficial del Rhin, dijo á Ney: «Tú renuncias á oponer resistencia y creo que haces bien, porque nada lograríamos con querer resistir el empuje de ese torrente; pero hubieras obrado mejor siguiendo mi consejo, no mezclándote en nada y dejándome tranquilo en el campo.» Aparte de este apóstrofe algo duro, Ney no encontró á su alrededor ninguna objeción seria y tomó inesperadamente la resolución de dejarse impulsar por el torrente, toda vez que no debía oponerse á él. Sin más tardar llamó á sus edecanos, á los que no dió parte de lo que iba á hacer, y ordenó que formasen las tropas en la principal plaza de la ciudad. Al llegar á su presencia rodeado de su estado mayor, en cuyo seno se hallaban muchos oficiales realistas á los que había reñido por su tibieza, desenvainó su espada con pulso convulsivo y en medio de una atención silenciosa, leyó la célebre proclama que le habían redactado y que debía costarle la vida. «Soldados, exclamó, *la causa de los Borbones está perdida para siempre*. La dinastía legítima que la Francia ha adoptado va á subir de nuevo al trono... El emperador Napoleón, nuestro soberano, es el que debe en lo sucesivo reinar en nuestro país...» Al oír estas palabras, que causaron una indecible sorpresa en torno suyo, estalló como el trueno una alegría furiosa en las filas de los soldados. Colocando sus morriones en la punta de los fusiles gritaron: *¡Viva el emperador! ¡viva el mariscal Ney!* con una impetuosidad inusitada, después rompieron filas, se precipitaron sobre el mariscal y besando los unos sus manos, los otros los faldones de su casaca, le dieron gracias por haber cedido á los deseos de su corazón. Los que no podían acercarse á él rodeaban á sus edecanos, que se hallaban apurados al recibir homenajes que no merecían, porque eran ajenos al brusco cambio que acababa de verificarse, y apretándoles las manos: «Sois unos valientes, les decían; nosotros contábamos con vosotros y con el mariscal y estábamos seguros de que no seguiríais mucho tiempo con los emigrados.» Los habitantes, no menos expresivos en sus demostraciones, se habían reunido á los soldados, y Ney

volvió á su casa escoltado por una multitud alborotada y llena de alegría.

Sin embargo, al entrar en su habitación notó el disgusto y hasta la desaprobación en el rostro de la mayor parte de sus edecanos. Uno de ellos, antiguo emigrado, rompió su espada diciéndole: «Señor mariscal, hubierais debido anunciarnos lo que iba á pasar, para no hacernos testigos de semejante espectáculo.—Y qué queríais que hiciese, le respondió el mariscal, ¿puedo yo por ventura contener el mar con mis manos?» Otros, aun conviniendo con él en que no era posible conseguir que los soldados se batieran contra Napoleón, le manifestaron el sentimiento que tenían de verle desempeñar en un intervalo de tiempo tan corto dos papeles tan enteramente contrarios. «Sois unos niños, replicó el mariscal, es preciso querer una ú otra cosa. ¿Puedo yo ir á ocultarme como un cobarde evadiéndome de la responsabilidad de los sucesos? El mariscal Ney no puede refugiarse en la obscuridad. Por otra parte, no hay más que un medio de aminorar el mal, el de pronunciarse en seguida para evitar la guerra civil, para apoderarse del hombre que vuelve á impedirle que cometa locuras; porque, añadió, yo no me entrego á un hombre, sino á la Francia, y si este hombre quisiese volver á conducirnos al Vístula, yo no le seguiría.»

Después de haber tratado con aspereza á sus desaprobadores, Ney convidó y recibió á comer á los generales y á los coroneles con excepción de uno solo, que se negó á asistir. Aparte de la incomodidad interior que les causaba la violación de los deberes militares, no hicieron en la mesa más que recapitular todas las torpezas de los Borbones, los que queriendo ó sin querer (cada uno los juzgaba á su manera) se habían entregado á la emigración, al extranjero y habían manifestado sentimientos que no eran los de la Francia. También protestaron unánimemente contra las antiguas faltas del emperador, contra su locura belicosa, contra su despotismo, contra su negativa á escuchar las observaciones de sus generales en 1812 y 1813, resolviendo energicamente decirle la verdad y exigirle garantías de libertad y de buena política. «Yo voy á verle, decía Ney, yo voy á hablarle, y le declararé que no nos dejaremos conducir otra vez á Moscou. No es á él á quien yo me adhiero, es á la Francia; y si nosotros nos reunimos á él como al representante de nuestra gloria, no es una restauración del régimen imperial lo que nos proponemos consentir.» Los generales Lecourbe y de Bourmont asistieron á esta comida tomando parte en las conversaciones, pero admitiendo como inevitable y como demasiado motivada por la torpeza de los Borbones la revolución que había tenido lugar.

El mariscal se separó de sus convidados para ejecutar las órdenes que había recibido de Lyon, concebidas, ya lo hemos dicho, como si Napoleón no hubiera cesado de reinar, y prescribiéndole que dirigiera sus tropas hacia Autún y Auxonne. Después escribió una carta á su esposa en la que le contaba lo sucedido y en la que concluía con estas palabras características: *Querida mía, ya no llorarás más al salir de las Tullerías* (1).

(1) Este detalle me lo ha referido un antiguo coronel de la artillería de la guardia imperial, miembro de muchas de nuestras asambleas, realista de corazón, hombre de talento y de una completa veracidad, que vió la carta en manos de la mariscal. (N. del A.)

La extraordinaria empresa de conquistar la Francia con su persona sola, comenzada por Napoleón en La Mure, casi realizada en Grenoble y Lyon, no podía ofrecer la menor duda después de la determinación del mariscal Ney. Napoleón que durmió el 14 en Chalons continuó su marcha hacia Autún y Avallón, caminando casi al paso de las tropas, á las que unas veces seguía y otras se adelantaba para hacer altos en las residencias algo considerables. De este modo llegó el 17 á Auxerre rodeado de las poblaciones de la Borgoña, que se insurreccionaban de acuerdo con las tropas para proclamar el restablecimiento del imperio. En todas partes repetía las palabras que había pronunciado en Lyon, afirmando que llevaba la paz, la libertad y el triunfo definitivo de los principios de 1789. El prefecto del Yonne, Mr. Gamot, cuñado del mariscal Ney, fué á su encuentro á Vermantón. Le recibió amistosamente y se alojó en la prefectura, donde se apresuró á hacer los preparativos para la última marcha, la que debía conducirle hasta el mismo París.

Mientras que Napoleón avanzaba, como decimos, hacia la capital, Mr. Lainé, excitado por los sucesos, no había dejado de hacer los más honrosos esfuerzos para reconciliar á la dinastía con la oposición constitucional.

A medida que los miembros de la cámara de los diputados llegaban á París, les suplicaba que olvidasen las torpezas cometidas, fundando en estas mismas torpezas el futuro bien al exigir reparaciones, que el gobierno, según decía, estaba dispuesto á concederles, tales como una lata modificación del ministerio, un aumento de la cámara de los pares, la renovación de las dos terceras partes de los individuos de la cámara de los diputados (todo esto en sentido liberal), una ley electoral que al consagrar la influencia de la propiedad consagrara del mismo modo la de las profesiones liberales é industriales, una ley sobre la responsabilidad ministerial (garantía en la que se fijaban mucho por entonces), una nueva legislación sobre la imprenta, y por último un sistema de tarifas que protegiese á la industria francesa contra la industria británica. Añadiendo con la mejor intención una mentira ofensiva á las promesas que enumeraba, Mr. Lainé afirmaba que se pensaba en todas esas concesiones, que hasta se trabajaba para formularlas cuando el *genio del mal* había de nuevo puesto el pie sobre el suelo de la Francia. No limitándose á hablar de esta manera en las conversaciones particulares, monsieur Lainé condujo hasta las gradas del trono á los diputados que se hallaban en París, y repitió delante del rey que era preciso reconocer y olvidar las torpezas que se habían cometido, y repararlas con una porción de medidas conformes con las necesidades de la época y los votos de la opinión pública.

Los jefes del partido constitucional, tanto los que formaban parte de las cámaras como los que no eran miembros de ellas, y entre estos últimos Mr. de Lafayette y Mr. Benjamín Constant, se apresuraron á rodear á Mr. Lainé adhiriéndose públicamente á sus ideas conciliadoras. Todo iba bien por este lado, pero era preciso inspirar á la corte estas mismas ideas, y monsieur Lainé no había cesado de insistir en que se pudiese mano á la obra, en que se comenzase por el principio, es decir, por el cambio de tres ó cuatro ministros.



Como hemos visto, había logrado persuadir á Mr. de Montesquiou, que se ofrecía el primero al sacrificio, pero no había podido persuadir á ningún otro. La corte, renovando con el peligro su exaltación realista, lejos de estar dispuesta á hacer concesiones lo estaba más bien á emplear rigores, sosteniendo que las únicas faltas que se habían cometido eran faltas de energía. Luis XVIII, colocado entre los realistas moderados y los realistas violentos, no sabiendo á quién oír, inclinándose siempre en favor de los primeros, pero obligado á empezar el sacrificio de una parte del ministerio por Mr. de Blacas, á quien los liberales mal informados consideraban como agente de la emigración cerca del trono, no se apresuraba á tomar un partido, y perdía de este modo en deplorables indecisiones el tiempo que Napoleón empleaba en avanzar con la rapidez del rayo.

En cuanto á concesiones no habían tratado más que de hacerlas al ejército, y estas concesiones, desde luego mal concebidas, además de la falta de dignidad, tenían el peligro de suscitar peligros más bien que medios de salvación. El ministro de la Guerra se ocupó preferentemente y con una gran actividad de los oficiales de reemplazo y de los antiguos soldados á quienes se había dejado en sus casas, llamando á unos y á otros al activo servicio. En consecuencia los oficiales de reemplazo recibieron la orden de incorporarse inmediatamente á los regimientos para formar en ellos el cuadro de los nuevos batallones que se querían formar con los soldados llamados á las filas. Los que no pudiesen conseguir un puesto en estos batallones de reserva, debían ser empleados en los batallones de la milicia nacional que trataban de movilizar. Los otros por fin debían ser agrupados en torno de la regia persona para aumentar su servidumbre militar, con todas las ventajas y honores correspondientes. Todos empezaban á gozar desde luego de su paga completa. Hay situaciones en las que ningún remedio es bueno; sin embargo, imaginar en vista del espíritu que se había dejado nacer y extenderse entre los oficiales de reemplazo, imaginar, repetimos, que se lograría afiliarlos á los Borbones en un momento en el que sabían que Napoleón hollaba con su planta el suelo de la Francia, era por parte del ministro de la Guerra una extraña ilusión.

La misma guardia nacional, animada con el espíritu de la clase media, que se inclinaba en favor del restablecimiento del imperio, y con la que por consiguiente hubieran debido contar, estaba lejos de ofrecer seguridades. Llamada á tiempo, preparada de antemano para la noble defensa del trono y de las libertades públicas, hubiera podido contener al ejército evitando que se echara en los brazos de Napoleón; pero en casi todas partes se la había dejado dividirse en caballería, compuesta por la antigua nobleza, y en infantería, compuesta por la clase media; y además esta última, herida, irritada, descontenta, había sido disuelta en casi todas las ciudades. No se podía, pues, sacar gran partido de ella. Sin embargo, se pidió á los prefectos que formasen batallones de milicia nacional movilizada dirigidos por los oficiales de reemplazo; se los autorizó también á convocar los consejos generales para votar contribuciones destinadas á este empleo; se multiplicaron los remedios, como se hace con un enfermo desahuciado, sin saber que sólo son útiles para no asistir á su agonía sin

recetarle nada. A todo esto el ministro de la Guerra había añadido una proclama violenta, poco á propósito para conciliarse las simpatías del ejército, y por el contrario sumamente risible para los que recordaban su lenguaje y la conducta que había observado en Tolosa.

He aquí todo lo que se había hecho para contener la marcha de Napoleón. Sin embargo, cuando se supo que avanzaba rápidamente, cuando se supo que había entrado en Grenoble y después en Lyon, lo que desde luego negaron declarándolo falso ó imposible, no hubo más remedio que rendirse á la evidencia y renunciar á decir, como los realistas hacían, que Napoleón no había vuelto á Francia más que para ser fusilado en ella. Pero si entonces comprendieron más que nunca la necesidad de obrar, no supieron mejor que antes en qué sentido deberían hacerlo. Los partidos que han cometido faltas, según costumbre, no se creen culpables, sino vendidos. Al saber los realistas de todos los matices lo que había sucedido en Grenoble y Lyon (todavía ignoraban la determinación del mariscal Ney), experimentaron una especie de desconfianza febril de todo el mundo sin distinción de personas. Vieron traidores en todas partes y clamaron contra la traición en presencia de los mismos jefes del ejército á quienes anteriormente habían acariciado. Los que de entre éstos no poseían un alma arrogante, y no faltaban algunos, no respondían á estas alusiones ofensivas más que con protestas de adhesión, sin ser por esto mucho más fieles. Los demás indignados no abrigan más que un deseo, el de no tardar en ver castigadas tanta locura y arrogancia. Como había sucedido algunos meses antes, las desconfianzas recayeron más particularmente sobre los dos personajes que dirigían el ejército y la policía. Después de haberles acusado de no hacer nada, se les acusó de hacer demasiado cuando tomaron las medidas que hace poco hemos referido. Los realistas suponían que existía una vasta conspiración en la que estaban comprendidos todos los oficiales del ejército desde los subtenientes hasta los mariscales. Nuestro relato ha demostrado, sin embargo, que no había nada de esto; que en Grenoble los generales Marchand y Moutón-Duvernet habían sinceramente procurado cumplir sus deberes; que en Lyon el general Brayer no se había rendido sino después que sus tropas habían abierto las puertas de la ciudad al ejército imperial; que La Bedoyere era ajeno á los proyectos de los hermanos Lallemand y de Lefebvre Desnoettes, y que el mismo Napoleón había obrado sin estar de acuerdo con el débil y aturdido complot de París. Pero las verdades de esta naturaleza son la historia, que mucho tiempo después de los sucesos, á fuerza de investigaciones y de imparcialidad, logra esclarecerlas: los partidos en los momentos críticos no las creen de ningún modo. Los realistas, suponiendo que existía una vasta conspiración con ramificaciones en todo el mundo, se preguntaban si el mismo mariscal Soult formaba parte de ella. Los más exaltados, á quienes la conducta del mariscal Soult en Breña, el monumento de Quiberón, habían encantado, le guardaban fidelidad y sostenían que él solo podía salvar á la monarquía.

Los demás en mayor número hallaban motivos de desconfianza aun en los actos que agradaban á algunos de ellos. La proclama violenta del mariscal no era á sus

ojos más que una falsedad para engañar mejor á la dinastía y entregarla con los pies y las manos atados á Napoleón. La medida dictada para reunir en París y agrupar en torno del rey á los oficiales de reemplazo que no hubiesen podido ser empleados en los nuevos batallones, medida tardía y entonces imprudente, pero inspirada en la mejor buena fe, era también considerada por ellos como una perfidia. Y no lo era ciertamente, porque el mariscal Soult, muy capaz de abandonar á las personas á quienes la fortuna mostraba sus rigores, no lo era de hacerlas traición, y lejos de poseer una inteligencia profunda, su imaginación era muy poca cosa. Sin embargo, no por eso dejaban de considerarle como un italiano refinado del siglo xv, y mientras que tres meses antes, cuando se trataba de expulsar al general Dupont, se decía que todo se perdería si no se nombraba al mariscal ministro de la Guerra, en aquellos momentos por el contrario se miraba como más próxima y segura la perdición si se le dejaba continuar en este punto.

Los mismos propósitos se abrigaban respecto de Mr. André, encargado de la policía en calidad de director general, pero con mucha menos violencia. Este funcionario, antiguo constituyente, como hemos dicho, adicto al rey, con el que había estado en correspondencia por espacio de quince años, hubiera debido ofrecer garantías á los realistas, al menos desde el punto de vista de su fidelidad. Pero en ciertas ocasiones el espíritu de partido como un caballo desbocado no reconoce ni aun las voces más amigas. Después de suceder á Mr. de Beugnot, Mr. de André se vió obligado á observar la misma conducta, á rechazar las absurdas invenciones de la policía oficiosa que el conde de Artois estimulaba soportándola y pagándola algunas veces. Por esta causa Mr. de André no había sido para la corte un hombre ineficaz sino un traidor. «No quiere creer nada de lo que se le dice,» esta era la gran acusación que se fulminaba contra él. Respecto de este particular es necesario citar un hecho, que sería poco digno de la historia si no pintase con estricta verdad el azoramiento del espíritu de partido. Apenas se recibían noticias, porque los prefectos de los puntos por donde pasaba Napoleón, sobrecogidos, desconcertados con su proximidad, no tenían tiempo de escribir antes de su llegada y después no pensaban en esto. Sin embargo, el telégrafo no cesaba de estar en movimiento, ya para transmitir órdenes administrativas, ya para preguntar á las autoridades que no satisfacían al gobierno con lo que le comunicaban, y para pedir las noticias que le dejaban de enviar. Pues bien, se supuso que si el telégrafo se movía tanto era en servicio de Napoleón y no en el de Luis XVIII. Se llamó al director del telégrafo, quien se asombró de las sospechas que se habían concebido, y dió explicaciones sencillas y convincentes, ante las cuales fué preciso inclinar la cabeza después de haber dejado traslucir los más ridículos temores.

Estos hechos prueban hasta qué punto estaban trastornados los realistas. Mr. de Blacas, sin participar de su ordinaria exageración, no podía, sin embargo, desentenderse de sus desconfianzas, y en su profunda inquietud se preguntaba también si el mariscal Soult era un traidor y Mr. de André un hombre inútil. Desesperado con las noticias recibidas de Lyon, proyectó hacer sufrir en pleno consejo un interrogatorio al mariscal Soult, como

si fuera un criminal, y en su exaltación se proveyó de un par de pistolas, dispuesto, según decía, á recurrir á un partido extremo si descubría en el mariscal algunas muestras de traición. Como era natural el rey no debía asistir á esta sesión, porque no se quería que fuese testigo de las violencias á que el giro de las cosas podían dar lugar. Sin embargo, Mr. de Vitrolles, más tranquilo, expuso á Mr. de Blacas que le parecían poco fundadas las sospechas que tenía del mariscal; que sólo había visto en él un hombre trastornado por las circunstancias, pero de ningún modo un traidor; que se habían engañado á todas luces al creer su capacidad bastante para reemplazar al general Dupont; que acaso era preciso cambiarle, pero limitándose á esto y no añadiendo un escándalo á las medidas que se tomasen.

El mariscal, como ya hemos dicho, no hacía traición á nadie, pero era víctima de un gran desorden de espíritu, cuyos efectos aumentaba la escasa claridad de sus percepciones. Atormentado por las sospechas de los realistas, había procurado calmarlas publicando una proclama violenta que no había hecho más que alarmarlos por su misma violencia, y mientras que apenas lograba ganar su confianza, veía avanzar á paso de gigante al hombre á quien había ultrajado del modo más cruel. Todo era suficiente para trastornar una cabeza más fuerte que la suya. Por lo demás, las medidas que había dictado llamando al activo servicio á los militares de reemplazo, ordenando diversos movimientos de tropas, podían ser ineficaces, pero no tenían nada de pérfidas, porque él no era culpable de que los soldados abandonasen la causa real al hallarse en presencia de Napoleón. Lo necesario hubiera sido disponer de la fidelidad del ejército, de la que sólo disponía Napoleón, á quien querían oponerse, y por tanto el mariscal Soult no había obrado ni mejor ni peor que cualquier otro en su caso. Su única falta era la de haber prometido demasiado á la corte, la de haber hecho confiar en su energía y en su capacidad.

Convocado el consejo, su actitud fué en él conforme con su situación, es decir, la de un hombre apurado. Interrogado casi en calidad de culpable, respondió sin alterarse por las sospechas de que era objeto, enumeró detalladamente las determinaciones que había tomado, hizo alarde distintas veces de la pureza de sus intenciones y concluyó haciéndose creer, dando de este modo una idea más ventajosa de su fidelidad que de su capacidad; repitió mucho, cuando no sabía qué decir, que si se dudaba de su lealtad estaba pronto á ofrecer su dimisión al rey, y fué cogido por la palabra y llevado sin pérdida de tiempo á presencia de Luis XVIII. Este príncipe, que no entendía nada de todas las medidas administrativas cuyo mérito se pretendía juzgar, pero que veía con su instinto sagaz y recto que el ministro de la Guerra no había hecho maravillas ni cometido perfidias, y que á pesar de todo era preciso sacrificar alguno á la cólera del partido realista, dejó al mariscal hablar tan extensamente como quiso y al renovar el ofrecimiento de su dimisión, aprovechó la oportuna ocasión que se le presentaba, le dijo que no olvidaría nunca sus grandes servicios, pero que una vez que la pesada carga del ministerio le fatigaba, procuraría aliviarle el peso dándole un sucesor. Sorprendido el mariscal al ver la facilidad con que creían sus palabras cuando mostraba de-